

ñas, sino la fe: la religion, que debería ser un lazo entre los hombres, se convierte en la barrera más insuperable.

Bajo el régimen despótico, el rey es el representante de la divinidad; ante su poder todos los demas son iguales: él solo constituye el Estado; hay, pues, un Estado, bajo una forma grosera ciertamente, un puro bosquejo; pero bajo la brutal organizacion de la conquista vemos aparecer por primera vez la igualdad, santa ley del porvenir; crecerá en su marcha hácia Occidente, transformará los esclavos en ciudadanos, y llegará un dia en que todos los hombres serán iguales.

¿Hay tambien progreso en el derecho de guerra de los Estados despóticos y en el sistema de sus relaciones internacionales? Las ruinas de las ciudades más magníficas que los hombres han construido, la matanza de poblaciones enteras y los horrores del serrallo, revelan la crueldad de los terribles Nómadas que fundaron las monarquías del Oriente. Pero, por otra parte, la humanidad y la tranquilidad de las teocracias son solamente aparentes: no les repugnan los suplicios ni los sacrificios sangrientos. El espíritu guerrero es más favorable á la comunicacion entre los pueblos que el génio teocrático. No puede negarse que el sacerdocio tiende á aislar á las naciones; la India, el Egipto y la Judea hubieran sido mundos aparte si no hubieran existido en ellos más elementos que el sacerdotal. La afición á las aventuras, que se convierte pronto en ambicion de conquistas, empuja á las razas guerreras fuera de los límites de su patria. La guerra aproxima por la fuerza los pueblos, miéntras llega el momento de que los una la fraternidad.

La teocracia y el despotismo no son los únicos elementos del Oriente. La cuna del género humano contenia todos los gérmenes del desarrollo futuro de la humanidad. El Oriente, sumido aparentemente en la inaccion y en la inmovilidad, ha inaugurado el comercio, símbolo de la actividad y de la inteligencia. Las ciudades fenicias han servido de intermedio entre los pueblos del Asia y el Occidente: su hija *Cartago* extendió sus relaciones por todo el mundo.

§ II.—Relaciones entre el Oriente y el Occidente.

N.º 1.—Hipótesis de un pueblo primitivo.

El Oriente contiene tres elementos: la teocracia, el despotismo y el comercio; bajo estas tres fases se liga al Occidente. Pero ¿cuál es la relacion de filiacion ó de parentesco entre los dos mundos? No hay investigaciones más difíciles que las de la generacion y comunicacion de las ideas. Nos conducen á los orígenes de las sociedades, y los orígenes de las cosas son impenetrables. De aquí la gran diversidad de opiniones acerca de este importante problema: las revoluciones en la ciencia son casi más rápidas que las del mundo político. Sin embargo, en medio de la contrariedad de los sistemas, persiste una conviccion á la que la humanidad se apega, por decirlo así, instintivamente, y es la de que el Oriente es la cuna de la civilizacion. La antigüedad habia ya participado de esta creencia, si bien se oponia á las pretensiones de los pueblos de ser autóctonos. Los griegos, los más vanos de los hombres, se obstinaban en buscar la fuente de su religion, de sus artes y de su filosofía en las naciones que trataban de bárbaras; creian que los egipcios y fenicios les habian traido los primeros gérmenes de la cultura intelectual. Cuando á la decadencia de la antigüedad los últimos pensadores del paganismo quisieron conciliar los dogmas religiosos y las doctrinas filosóficas, celebraron la sabiduría oriental como la fuente sagrada de toda creencia y de toda ciencia. La humanidad presentia que el Oriente, de donde nos viene la vivificadora luz del sol, habia de darle una nueva vida moral.

El cristianismo, que llegó á ser la ley del mundo occidental, dió una autoridad religiosa á la tradicion que colocaba en el Asia el punto de partida de la especie humana y de la civilizacion. Los libros sagrados de los Hebreos, respetados por la Europa cristiana como los anales auténticos del género humano, le enseñaban que los primeros hombres habian vivido en una comarca bendita

del Oriente, que todas las naciones procedían de Adán y Eva, que todas habían recibido el don de la palabra divina; pero que ellas habían acabado por alterar la verdad; que para conservar este precioso depósito Dios había elegido una raza aparte que, á pesar de sus errores, había permanecido fiel á su elevada misión. Los Hebreos pasaron en consecuencia por el pueblo primitivo, la Biblia por la fuente de nuestras creencias religiosas y nuestra vida intelectual.

Tal fué la primera hipótesis de un pueblo primitivo, iniciador de la humanidad. Como se fundaba sobre la fe en los libros sagrados, cayó cuando los ataques de los libres pensadores, y los trabajos más serios de los orientistas derribaron la autoridad histórica de la Biblia. ¿Cómo referir á la tradición hebráica el Egipto, cuya organización social se remonta más allá del diluvio? ¿el mazdeísmo que disputa la antigüedad á Moisés? ¿las razas europeas que reconocen hermanos en los pueblos arios, mientras que ningún lazo los une á los Hebreos?

La idea de un pueblo primitivo había echado profundas raíces. Abandonada la filiación hebráica, los sabios trataron de buscar una nueva genealogía de la humanidad.

Cuando la literatura sanscrita se reveló al mundo, se descubrieron evidentes relaciones entre las lenguas europeas y la sagrada lengua de los brahmanes. Por otra parte, los orientistas tomaron al pie de la letra la inmensidad de ciclos y de períodos que hacían remontar la historia india hasta la Creación. No dudaron que la civilización tuviese sus raíces en la India, cuna de la humanidad. En su opinión, el Egipto era una colonia brahmánica, el politeísmo griego los restos de un sistema más universal y más completo, elaborado á orillas del Ganges; la filosofía provenía de los brahmanes por el intermedio de Pitágoras y Platon; los Chinos, ese pueblo aparte, habían salido de la India; las naciones de raza germánica llevaban en su lengua el sello de su origen indio; los Mejicanos mismos y los Peruanos eran descendientes de la raza aria (1). El sistema de W. Jones fué adoptado como una verdad

(1) W. Jones ha desarrollado este sistema en las *Disertaciones sobre los Indios, sobre los Chinos; sobre las divinidades de la Grecia, de Italia y de la India* (*Asiatic Researches*, t. I, de la trad. al.).

incontestable (1). Pero la India no fué por largo tiempo la morada del pueblo iniciador. Cuando nuevos estudios dieron á conocer una tradición más antigua, de la que el brahmanismo no era más que una rama aislada, el pueblo primitivo fué colocado en la Ariana (2).

Pronto se abandonaron estas brillantes hipótesis. Se vió que la cronología imaginaria de los brahmanes era una base poco segura para la historia de la humanidad (3). Cuanto más se penetraba en la antigüedad oriental, tanto más contrario, y aún, por decirlo así, hostil parecía el genio de la India al espíritu del Occidente; no reconociendo sus sentimientos ni sus tendencias en ese mundo de ensueños y de inacción, la Europa renegó de la filiación que se le había atribuido. La China, mejor estudiada, se vió todavía más extraña á la India. El Egipto, saliendo de sus tinieblas, reivindicó una antigüedad que excedió todo lo que sabemos de cierto sobre los orígenes indios. Así se derrumbaba pieza por pieza el frágil edificio del mundo primitivo. La ciencia ha vuelto á emprender su marcha lenta y mesurada; ha llegado á la conclusión de que, en el estado actual de nuestros conocimientos históricos, el problema de la generación de los pueblos y de las civilizaciones es insoluble, en el sentido de que es imposible probar que el género humano procede de un pueblo primitivo (4). Hay un hecho que por sí solo nos impide el admitir esta hipótesis. Si ha habido un pueblo primitivo, es menester que haya habido una lengua primitiva, fuente de todas las que se hablan aún hoy día; es menester

(1) Aun hoy se repite como un axioma (P. LEROUX, en la *Enciclopedia Nueva*, t. III, p. 56).

(2) ROTH, *Die heilige Zendsage*.

(3) Burnouf dice de las hipótesis fundadas sobre las tradiciones brahmánicas: «La inmensidad de los ciclos y de los períodos durante los que afirmaban los brahmanes que su literatura se había desarrollado, causó una especie de vértigo á algunos espíritus ardientes, y les hizo adoptar sobre la antigüedad de la civilización brahmánica sistemas cuya extravagancia sólo podía compararse á la precipitación de sus juicios» (*Prefacio del Bhágarata Purána*, p. 104).

(4) HUMBOLDT (*Cosmos*, t. II, p. 134, trad. fr.) dice: «La historia, en tanto que se apoya en testimonios humanos, no reconoce pueblos originarios, ni asiento primordial de la civilización; no admite aquella física primitiva ni aquella ciencia revelada de la naturaleza, perdidas más tarde, según se dice, en las tinieblas de la barbarie y del pecado.»

que no haya más que una raza humana, de la que deriven por la vía directa de la filiación todas las razas que pueblan la tierra: pues bien, no se ha llegado hasta aquí á referir las diversas lenguas ni las diversas razas á un origen común (1).

N.º 2.—*Lazos intelectuales entre el Oriente y el Occidente.*

¿Pero porque la hipótesis de una filiación rigurosa y continua de la civilización no pueda probarse, decimos que no haya parentesco alguno entre los pueblos? La ciencia no ha evitado este nuevo escollo. El espíritu humano no sale de un escollo sino para caer en otro. Después de haber creído en la unidad absoluta, se sostuvo que se ha desarrollado de una manera independiente á orillas del Ganges, del Eufrates, del Nilo y del Mediterráneo (2). El sistema de los pueblos autóctonos debe ser desechado como el del pueblo primitivo; y tiene aún ménos valor, porque rompe el lazo que une las diversas naciones, haciendo de ellas una sola humanidad. Hay una ley general que debe servir de guía á través de la oscuridad de las tradiciones, y es la de la unidad en la variedad. La diversidad de razas y de lenguas no obsta para la unidad del género humano. Si la Providencia ha creado centros particulares para el desenvolvimiento original de las facultades del hombre, estos centros dispersos están, sin embargo, destinados á reunirse y fundirse en un todo armónico. El Oriente no es una excepción de esta ley.

Hegel dice que el Asia está concentrada sobre sí misma como la luz del sol (3). Pero el sol extiende sus rayos sobre el mundo entero; ¿no sucederá lo mismo con la luz intelectual que viene del Oriente? Desde la más remota antigüedad los ricos productos que la naturaleza prodiga en el Asia Oriental eran conocidos y busca-

(1) Uno de los filólogos más distinguidos de Alemania (POTT, en la *Enciclopedia de Ersch.*, Sec. II, t. 18, p. 2) declara que es absolutamente imposible referir todas las lenguas á una fuente común.

(2) STUHR, *Die Religionssysteme der heidnischen Völker des Orients* (Introducción, p. 21-49).

(3) *Philosophie der Geschichte*, p. 127, 2.ª edic.

dos entre los pueblos más lejanos (1). Las relaciones nacidas de las necesidades materiales trajeron un cambio de pensamientos, necesidad tan imperiosa para el hombre como el alimento para el cuerpo: la sabiduría del Oriente fué proverbial (2). Cuanto más penetramos en las creencias y en las doctrinas de las grandes naciones del antiguo mundo, tanto más notamos las relaciones y rasgos de semejanza que atestiguan antiguas comunicaciones (3).

Mas aunque la unidad y la solidaridad de los pueblos sean ciertas, siempre queda oscuro el camino por el que se han puesto en relación. La Europa se remonta por Roma hasta la Grecia, y los Griegos han recibido del Oriente el germen de su cultura intelectual. Esta filiación de la civilización occidental es un hecho adquirido para la ciencia; el sistema de la autoctonía de la Grecia no encuentra ya más que escasos partidarios. Pero el desacuerdo empieza cuando, dejando el dominio de las generalidades, se pregunta cuál es la nación del Oriente que ha iniciado á los Helenos en la vida de la inteligencia. La diversidad de opiniones prueba que todavía reina la incertidumbre y es permitida la duda.

La Grecia misma refería sus orígenes al Egipto. Esta tradición, atacada y defendida con pasión, gana terreno á medida que se avanza en el conocimiento de las antigüedades egipcias (4). Pero ¿los Egipcios provenían del Oriente, ó eran autóctonos? Aquí reaparece la oscuridad. Los sabios más eminentes han admitido hace ya tiempo, como un hecho incontestable, que el Egipto procede de la India. Esta hipótesis, por seductora que fuera, tuvo que ser abandonada cuando testimonios irrecusables probaron que la sociedad egipcia estaba ya formada en una época en que la presencia de la raza aria en la India es, por lo ménos, dudosa.

(1) *Génesis*, XXXVII, 25.

(2) I, *Reyes*, IV, 30.

(3) RÉMUSAT, *Misceláneas póstumas*, p. 192. El célebre orientalista dice, en sus *Misceláneas asiáticas* (t. I, p. 98,99): «Se ha creído á las naciones civilizadas del antiguo mundo más completamente aisladas y más extrañas unas á otras que lo eran en realidad, porque nos son igualmente desconocidos los medios de comunicación que tenían y los móviles que las impelían. Estamos, tal vez, demasiado dispuestos á achacar á su ignorancia lo que no es más que un efecto de la nuestra.»

(4) Véase más adelante, *libro del Egipto*, c. III, § 2, núm. 1.

Los que se han ocupado del Egipto han señalado considerables diferencias entre el Egipto y el Oriente; sin embargo, parecen dispuestos á admitir que el Egipto tiene sus raíces en el Asia. El descubrimiento de Nínive abre un nuevo horizonte á la historia del género humano. El Asia, cuyos anales no se remontaban más que á dos ó tres mil años ántes de nuestra era, reivindicará tal vez una antigüedad tan respetable como el Egipto. Por ahora, los monumentos asirios atestiguan que la Grecia ha experimentado la influencia del Oriente. ¿La India ha ejercido alguna acción sobre los Helenos? Los Indianistas no creen en una filiación rigurosa de las dos civilizaciones; pero tampoco creen que se hayan desarrollado independientemente: hay un lazo, aún cuando no podemos determinarle, en la historia. También los Fenicios han tenido antiguas relaciones con la Grecia. Pero ¿cuál es la ciencia que la mercantil raza de Tiro ha extendido sobre todas las costas de Europa? Nueva incertidumbre. Al decir de algunos sabios, los Fenicios no han sido más que los propagadores de la sabiduría egipcia; sus relaciones con los Griegos y con todos los pueblos de Occidente atestiguan, por lo ménos, una influencia del Oriente sobre la Europa. Había, además, en Asia un pueblo, al parecer aislado, pero que la Providencia puso en comunicación con todas las razas teológicas de la antigüedad: si políticamente somos los descendientes de Roma y de la Grecia, el cristianismo, fundamento de nuestra vida moral, nos relaciona con la Judea. Así por todas partes descubrimos lazos entre la Europa y el Asia. El parentesco de los dos mundos y la acción que el Oriente ha ejercido sobre el Occidente no pueden, pues, ser desconocidos.

Nosotros no disimulamos la vaguedad de los resultados á que nos conducen nuestras investigaciones. Tenemos la convicción de que los pueblos del Asia reclaman un lugar en la historia de la civilización europea. Si se les ha negado tanto tiempo, ha sido por ignorancia. La literatura india, los libros sagrados de los Persas, los monumentos del Egipto y de la Asiria han disipado las tinieblas, pero sin hacer brillar la luz: desde que nuestros conocimientos han aumentado, es cuando sentimos cuán defectuosos son. Nosotros no podemos más que señalar el vacío; el porvenir tal vez lo llenará.

§ III. — Diferencias entre el Oriente y el Occidente. Semejanzas de los dos mundos.

El parentesco del Oriente y del Occidente no impide que haya profundas diferencias entre estas dos grandes fracciones del género humano. La teocracia es el elemento dominante de la vida oriental; ha infundido su espíritu al despotismo y hasta á las repúblicas comerciantes de Tiro y de Cartago. Ahora bien, si se penetra en el fondo de la doctrina sacerdotal, se descubre como su esencia el principio de la desigualdad. El Occidente parece moverse en una dirección opuesta; la igualdad es su ideal: la religión lo consagra como un dogma, los pueblos tratan de aplicarlo en el orden político. La desigualdad es, pues, bajo el punto de vista de nuestros *Estudios*, el rasgo característico del Oriente; existe en la familia, en la sociedad, en las relaciones internacionales.

¿Cuál es la condición de la familia en el Oriente? La maldición divina pesa sobre la mujer (1); apenas es considerada como un ser humano (2); es un instrumento de producción (3); cuando no fructifica en manos de su poseedor, éste la presta para que la fecunden (4). El marido es para la mujer lo que la divinidad es para el hombre (5).

(1) *Génesis*, III, 16: «Tu marido te dominará y se enseñoreará de tí.»

Leyes de Manú, IX, 17: «Manú ha dado á las mujeres la afición á su lecho, á sus adornos, la concupiscencia, la cólera, las malas inclinaciones, el deseo de hacer mal, y la perversidad.» *Id.*, II, 213: «Está en la naturaleza del sexo femenino el tratar de corromper á los hombres en este mundo.»

(2) Aristóteles dice que los Bárbaros no hacen diferencia alguna entre las mujeres y los esclavos (*Polít.*, I, 2). En Babilonia se vendían las mujeres al que más ofrecía (*Herod.*, I, 196).

(3) *Bhâgavata Purâna*, IX, 20, 21: «La madre es el receptáculo; el hijo pertenece al padre que lo ha engendrado.»

(4) *Leyes de Manú*, IX, 59: «Cuando no se tienen hijos, la progeneratura que se desea puede obtenerse por la unión de la esposa, convenientemente autorizada, con un hermano ó algun otro pariente.»

(5) *Leyes de Manú*, V, 154.—*Bhâgavata Purâna*, VI, 18, 32.—*Râmâyana*, I, 17, 28; II, 20, 21. Este Dios era el único que la mujer pudo conocer; ella no gozó del beneficio de la iniciación religiosa; es incapaz de leer los Vedas; en todas circunstancias se la coloca en la misma línea de los sudras (*Bhâgavata Purâna*, II, 7, 46; I, 4, 25.—BURNOUF, Prólogo del *Bhâgavata Purâna*, p. 20.)